**120. Retrasos**

Por supuesto que este insignificante episodio representa un brote en una selva tropical. ¿Cómo compararlo con el retraso de los EREs oliendo a papiros embalsamados, yacentes en las curvadas baldas de la judicatura?, ¿o asimilarlo a los pausados llantos de las doncellas enamoradas de esbeltos caballeros desposeídos de ramblas y ducados? En este mundo de la ralentización el listado de las similitudes consumiría mucha celulosa.

A lo mejor Josué les dio la fórmula a algunos de nuestros antepasados ibéricos para que detuviesen al Sol, igual que hizo él en su batalla contra los amorreos. Y dijera desde la sabiduría de los caudillajes: «Dejad que el tiempo repose, que la precipitación no resulta buena consejera, que todo ocurrirá».

Un voluminoso sobre llegó dirigido a mi mujer con el membrete de la Junta de Andalucía, de la Consejería de Salud. Como la época está que trina─ y las desgracias suelen venir acompañadas─ se lo entregué con el índice y el pulgar como posible artefacto explosivo.

Lo abrió siguiendo mi chanza: «No te apures, resulta que me certifican un curso de dos horas en octubre de 2008, autorizado por la Dirección General de Personal y Desarrollo Profesional con fecha 9 de enero de 2008. Expedido el 15 de febrero de 2010».

Solo falta concretar que se jubiló en enero de 2010. O sea, que el diploma llegó desde su inicio al cabo de cuatro años y siete meses, después de un periplo de complejos trámites entre luces y sepulturas. Y don Antonio José Valverde Asencio, Director General de Personal y Desarrollo Profesional pudo sentirse contento por el feliz destino de una gestión: el que una trabajadora a su cargo recibiese, al fin, el premio a una actividad formativa. Igual don Juan Díaz García como coordinador de la actividad referenciada.

Alguna ventaja tendrían que tener los nombramientos a dedo índice porque de inmediato surten el efecto deseado, sin más diplomas, papeleos ni burocracia adornada de firmas y parafernalias que podrían dejar huellas sombrías bajo un firmamento siempre enigmático.

Deseoso de ser puntual en mi entierro ─por ello ostento el grado de espécimen no inserto en el puzle ambiente─, creo que en buena parte de las tierras sureñas al tiempo, varón de siesta y pernocta, tocado con sombrero made in Gordillo, ese que usa el edil en las tomas solemnes, el de vistosos colorines a juego con su pulserío, no hay quien lo inquiete en su atrabilaria mansedumbre.

Por estas tierras linderas con el Despeñaperros de nuestra historia, las cosas se retuercen en los proscenios, porque los escenarios pronto quedan raudos para las representaciones cuatrienales.

Pero, quizá, movidos por la curiosidad y puestos a indagar en la Dirección General de Personal nos digan que la culpa la tiene Correos, paradigma del cuerpo de mensajeros, boquete negro que se traga cuantas negligencias le eche una parte del Cosmos. El sufrido cuerpo de comunicaciones merecía un monumento a sus sufrientes desconocidos, como muchas naciones europeas lo erigen a los anónimos soldados porque los ganadores, el generalato, termina haciendo historia, enchapado con las condecoraciones diseñadas para los victoriosos.